

las luces y se propaga la buena doctrina, y se instruye á toda la gente del reino, chicos y grandes? ¡Pues malitas cosas trae el *Semanario Patriótico!*... Como todos dieran en leerlo con tanto fervor como yo, pronto se remediarian los males de la nación. Y no hay que darle vueltas, señores: lo que éste dice es el Evangelio. ¿Quién podrá desmentir aquello de *el tirano es un hombre que abusa de las fuerzas de la sociedad, para someterla á sus pasiones propias, y así la tiranía no es otra cosa que la injusticia apoyada en la violencia?* ¿Qué tal? ¿Pues y dónde me dejan ustedes aquello de los derechos *esenciales, sagrados é imprescriptibles* que corresponden al hombre, y que le usurpa el pícaro del poder absoluto?... Nada, nada, Sr. D. Santiago, amigo Cuervatón, señoras y señoritas: tengan ustedes presentes estas palabras: “La
 „violencia, la opresión, la credulidad, llegan
 „frecuentemente á adormecer á los pueblos,
 „á fascinar su entendimiento, á quebrantar
 „en ellos los resortes de la naturaleza; pero
 „cuando por favorables circunstancias abren
 „los ojos y oyen la voz de la razón; cuando
 „la necesidad les fuerza á salir de su letargo,
 „entonces ven que los pretendidos derechos
 „de sus tiranos, no son sino efectos de la in-
 „justicia, de la fuerza ó de la seducción, en-
 „tonces es cuando las naciones, acordándose
 „de su dignidad, ven que ellas no se han so-
 „metido á la autoridad, sino para su bien, y
 „que jamás han podido dar á nadie el dere-
 „cho irrevocable de hacerlas felices.”

IV

Dotado de maravillosa memoria, D. Roque recitaba trozos enteros de lo que había leído en sus papelitos, sin mudar una sílaba. No he conocido varón más sencillo é inofensivo que aquel fogoso lector del *Semanario*, comerciante que había venido muy á menos, y á la sazón, sin negocios, sin familia, y con poquísimo dinero, vivía en aquella casa, manteniéndose con su casi invisible renta. Así como el Gran Capitán oyó lo de *la opresión y la injusticia*, con los razonamientos puestos á continuación, que no entendiera menos si estuvieran escritos en caldeo, se encaró con su amigo, y burlescamente le dijo:

—¿Se ha acabado la jerga? Qué lástima que no viniera por aquí el padre Salmón, para que le contestase, y entre los dos se armara una marimorena de *distingo acá... distingo allá... necuacua... útiquis... reñega mayora...* y otras palabrillas que se usan en las disputas de los *teólogos*.

—¡Teólogos á mí! ¡A mí teólogos y con cascabeles!... ¡Y de la madera del padre Salmón! — exclamó D. Roque guardando el *Semanario* en el almacén de sus profundas faltriqueras.

—Y ha de venir esta tarde Su Paternidad — dijo agrídicamente la menor de las hijas de doña Melchora, — pues prometió darme una receta para este mal de la barriga que há diez días tengo.

—Sí que vendrá—añadió la mayor,—pues quedé en pegarle dos botones en el cuello, y él dijo que traería la cinta azul.

—Pronto tendremos aquí á ese reverendo Salmón—añadió doña Gregoria,—y ya tengo echada la llave á la despensa, porque para saqueos bastante tenemos con los de los franceses.

No había concluido estas palabras la discreta esposa de Fernández, cuando se oyó en el patio de la casa gran ruido de voces, entre las cuales descollaba una cencerril, abajetada y bronca, que no era otra sino la de aquel lucero de la Merced, el padre Anastasio José de la Madre de Dios, vulgarmente conocido por padre Salmón; que éste era su apellido, y no Salomón como algunos le llamaban sin intención de burla.

—Ahí está, ahí está ese bendito—dijeron en coro las hembras de la reunión.—Gabriel: corre y tráele acá, porque si le cogen por su cuenta las del polvorista... ¡ay, qué pesadas son! Ya están llamándole las escofieteras. Pues no, no ha de venir sino acá.

Salió para impedir que la persona del reverendo fuera secuestrada por cualquiera de las familias que salían á su reclamo por las diversas puertas que se abrían en aquellos largos corredores, y lo primero que vió fué al fraile rodeado de enjambre de chiquillos, los cuales, haciendo mil cabriolas y juegos en su derredor, le mostraban según su arte propio la satisfacción de la casa toda por verle en ella.

—Tomad, piojosos, tomad esas almendras fallidas que para vosotros serán bocado de ángel—les decía el padre.—¿Ya salió tu padre de la cárcel, Jacintillo? Y por fin, ¿llevásteis á vuestra abuela á los Desamparados? Dime, hijo de la Canela, ¿está el oficialillo en el cuarto de tu madre? ¿Con que se os murió la gallina?

Y al mismo tiempo, el antepecho del vasto corredor parecía la barandilla de un teatro, pues no había un palmo vacío, sino que allí estaba la vecindad toda, aguardando á que Su Paternidad subiese.

—Venga acá, padre, que este trapalón de mi marido me quiere pegar por celos. Pero di, cabeza jilvanada, ¿no soy la mujer más honrada del mundo?

—Venga acá, padre, y verá qué chocolate le tengo. ¿Pues no me está diciendo la capitana que Su Paternidad le comió ayer todas las magras?

—Venga acá, padre, y suba pronto, que ya le apunta el diente á la niña. Míralo allí, cordera, resol, reina del mundo. Mírale, llámale con tu manecita... así, así.

—Venga acá, padre, que ya parió la Zoraida cinco criaturas como cinco estrellas.

—Suba pronto, padrito, que mi abuela pregunta si se le deben dar más friegas.

Y así continuaban llamándole de distintas partes, cada uno según para aquello que le necesitaba, y todos con tan cariñosas palabras, que Salmón no sabía á qué sitio volverse, ni á cuáles solicitudes contestar más

pronto; y saludando á un lado y otro como un matador de toros que en medio de la plaza hace cortesías á la redonda, mostró á sus amigos que su corazón no era insensible á tantas bondades. En esto llegué yo, y besándole la correa, le dije:

—Doña Melchora y sus niñas, que están en casa del Gran Capitán, me mandan para suplicar á Su Reverencia que tenga la magnanimidad de subir, que allí le aguardan también D. Roque, el Sr. de Cuervatón y doña María Antonia.

Pero antes que concluyera, el padre Salomón, con gran sorpresa mía, clavó en mí sus ojos lleno de admiración, y echándome los brazos al cuello, exclamó á gritos:

—Ven acá, portento de la sabiduría, milagro de precocidad, fruta temprana de las humanas letras. ¿Con que há más de un año que te conozco y hasta hoy mismo he ignorado que eres un gran latino, autor del más famoso poema que han escrito modernas plumas? ¿Con que así te callabas tus méritos, picarón...? A ver, muéstrame pronto ese poema... ¡Quién me había de decir, cuando te conocí paje de la González, que bajo la montera de tal gaterilla estaba el cacumen de un *Erasmus Roteradamensis*, de un *Picus Mandolanus*.

Turbado y confuso le contesté que sin duda Su Paternidad se equivocaba confundiendo mi ignorancia con la sabiduría de algún desconocido de mi mismo nombre, oyendo lo cual, dijo mientras subíamos la escalera:

—No; que lo acabo de saber por el licenciado D. Severo Lobo, el cual te conoció desde el proceso del Escorial, y luego estuvo á punto de empapelarte, cuando el príncipe de la Paz te quiso dar una placita en la interpretación de lenguas. ¿Y tú que culpa tenías de que el otro te quisiera colocar? Por lo que me han dicho, tu modestia iguala á tus méritos; ¡oh joven! yo he visto la minuta en que Godoy te recomendaba; pero ¿qué guardado te lo tenías, raposilla...? ¿Y tú en qué te ocupas? ¿Por qué no pides un hábito, por qué no eres fraile? Yo me encargo de catequizarte. ¿Sabes que he hablado de tí á los padres de la Merced y todos quieren conocerte? A ver si te pasas por allí, rapáz; y ve después de la hora del refectorio. ¿Te gustan las pasas? Además tengo que conferenciar, Horacio Flacco en ciernes y Virgilio en pañales; y como al salir de esta casa se me olvide hablarte (pues ya sabes que soy muy débil de memoria), ¿me lo recuerdas, eh?

A tal punto llegaba, cuando entramos en la sala del Gran Capitán. Levantáronse todos, y después de besarle uno tras otro la correa, diéronle el asiento del centro junto al brasero.

—Aquí está la seda azul—dijo el mercenario, dando lo indicado á Tulita.

—Mañana mismo tendrá Su Paternidad arreglado el cuello—contestó la muchacha.

—Veamos ahora lo que me manda para este malestar de la barriga, que es tal que yo no le puedo resistir, y todas las mañanas me dan

unas arcadas, unos mareos y bascas tan fuertes, que no me para dentro nada.

—Bendito sea el nombre de Dios—exclamó el padre tomando un polvo de la caja del Gran Capitán.—A fe, doña Melchora, que si esta matutina estrella de su hija de usted fuera casada, ya sabríamos el pié de que cojea su estómago; pero no siéndolo, y tratándose ahora de una familia con quien la misma honradéz no podría ponerse en parangón, ordeno y mando que con siete palitos del árbol de Santo Domingo, cocidos en baño maría, por espacio de tres credos rezados con pausa y por supuesto con devoción, esta niña se quedará como nueva. ¡Qué nueces frescas las de ayer, señora doña Melchora! ¡Qué nueces frescas! Pero dígame, ¿qué santo del cielo le hizo tan rico presente? Yo no sabía que en montes alcarreños, asturianos ni encartados existiesen unas tan hermosas obras de Dios.

—Obsequio fué de un primo mío que es guarda de las dehesas del señor duque de Altamira, en tierra de Cameros, y como, si no de buen salario, el pobrecito disfruta de ojos listos y manos libres, siempre nos manda lo mejor de aquellos castañares y nocedales.

—Así le hicieran canónigo—añadió Salmán.—¿Y qué noticias, Sr. D. Santiago Fernández?

—No me digan nada, ni me calienten más la cabeza—exclamó el Gran Capitán encubriendo, bajo la ficción de un estudiado cansancio, el placer que le causaba el ver sacado á plaza un tema tan de su gusto.—Mire

Su Paternidad que estoy ya que no doy por mi cuerpo un real. ¡Qué ir y venir! ¡Qué jaleo! ¡Todo el día poniendo nombres en la lista, y haciendo recuento de cartuchos, y examinando armas, y disponiendo, y mandando! Aquellos señores son muy remolones, y todo lo tengo que hacer yo.

—¿Y resistiremos, si como dicen, se nos viene encima ese mónstruo, ese troglodita, ese antropófago, señores, que no se sacia nunca de devorar carne humana?

—¡Pues no hemos de resistir!—dijo el Gran Capitán.—¿Hemos de ser menos que los zaragozanos? Además de que yo creo que no viene.

—Y sabe Dios—dijo doña María Antonia,—si será cierto lo que dicen de que allá en Rusia ó Prusia le echaron unos polvitos en el cocido para que reventara.

—Como que hay quien asegura que está sacramentado y que hizo testamento, devolviendo todas las naciones que ha robado y abjurando de sus herejías.

—¡Oh gente ignorante y crédula!—exclamó de improviso D. Roque, desenvainando su cartapacio de papeles públicos.—¡Y cómo se conoce la rusticidad de los que atienden más á los dichos y simplezas del vulgo que á la palabra impresa de los hombres doctos! Vean, vean lo que dice este papel, y no hagan caso de tonterías: “Napoleón se presentó al Senado el 25 del pasado, y dijo que *bien pronto pondría sus banderas en las torres de Madrid y en las fortalezas de Lisboa.*” Tam-

bién cuenta la *Gaceta*, que ciento sesenta mil hombres del ejército grande están sobre la frontera de España, y que el Emperador dijo que *antes de fin de año no quedará aquí una sola aldea en insurrección.*

—Con que ni una sola aldea... —dijo el fraile. —Pero sabe Dios la intención que llevará el que ha escrito esos papeles. Lo que es por mí, mandaría suprimir todos los que se imprimen en España, pues para envolver especias, mejor es el papel no impreso y limpio como sale de las fábricas.

—¿Pues eso qué duda tiene? —dijeron á una las dos niñas de doña Melchora.

—Y yo — exclamó como un basilisco don Roque, —mandaría suprimir todos los frailes ó les quitaría el hábito, dando á cada uno un fusil para que fueran á limpiar á España de franceses.

—Sin fusil lo hacemos, hermano —dijo Salmón riendo. —Lejos de suprimir frailes, yo los aumentaría en grado máximo, y así la mayor parte de los españoles vivirían gordos y contentos, y no veríamos tanto vagabundo mendigo por esas calles.

—Chúpate esa y vuelve por otra —dijo á D. Roque la menor de las hijas de la bordadora en fino, suponiendo al viejo completamente apabullado bajo el peso de aquellas incontestables razones.

—¿Con que más todavía? Pues sepa mi señor Salmonete —dijo D. Roque, llevando al último extremo su familiaridad con el fraile, —que ahora se va á reunir la nación en Cor-

tes. ¿No lo quieren creer? ¡Ah! Pues no doy dos maravedises por lo que de Gobierno absoluto hubiere después de la guerra. ¡Abajo los tiranos! —añadió poniéndose en pié y alzando los brazos con endemoniada exaltación. —Y si hay un frailazo chocolatero que me desmienta, alce la voz, y venga delante de mí, que yo le reto á singular polémica, aunque traiga más textos que escribió Pedro Lombardo, y más latines y aforismos y comprobatorias y distingos que han eruptado en diez siglos las cátedras salmantinas y complutenses.

—¿Y cómo había yo de ponerme á disputar con semejante pedazo de acebuche con nudos, más duro que roca? ¿Y de qué valdrían mis argumentos contra la asnal cerrazón de su mollera? —exclamó el padre Salmón levantándose también de su asiento, mas no enfadado ni nervioso, sino riendo á todo reir, pues su humor de mantequillas era tal, que no se le vió colérico más que una sola vez.

—Pues empecemos —dijo D. Roque poniéndose verde.

—Empecemos —añadió Salmón restregándose las manos y haciendo después grotescos gestos, como de quien imita los movimientos de un grave predicador.

—No quisiéramos más para reirnos de don Roque —dijo la mayor ó la menor (que esto no lo tengo bien presente) de las hijas de doña Melchora.

—Pero para restaurar nuestras fuerzas, se-

flores y señoras mías—dijo Salmón,—venga ese chocolate, que aquí mi amigo D. Roque dice que no se puede pasar sin él.

—Quien no se puede pasar sin él—contestó el aludido,—es su magnificencia reverendísima, que en llegando á estas horas, como no ponga un puntal al estómago, se cae rendido.

—Pues usted lo dice, amigo papelista eminentísimo,—contestó Salmón dando otra vez rienda suelta á la risa,—así sea, y venga ese chocolate; y pues es más agradable el goce de una amena tertulia que el disputar, dejémonos de discusiones, y pelillos á la mar, y cada uno piense lo que quiera, y rueda la bola, y viva Fernando VII.

—Es lo más conveniente, toda vez que este D. Roque está chiflado—dijo Fernández,—y un día lo hemos de ver por esas calles con una *Gaceta* en cada dedo.

—¡Pero qué graves y circunspectas están mis niñas!—añadió Salmón dando unas palmaditas en el hombro, no recuerdo bien si de la mayor ó de la menor de las hijas de doña Melchora.—Y esos piquitos de oro, ¿por qué no echan una canción por todo lo alto, para que se nos alegren los espíritus?

—Bueno, bueno.

Y una de ellas rompió al instante á cantar de esta manera:

Con un albañillito
Madre, me caso.
Porque son de mi gusto
Los hombres blancos.

—Esto tiene poca gracia—dijo Salmón.—
A ver otra.

—Pues allá va la que está de moda:

Bonaparte en los infiernos
Tiene su silla poltrona,
Y á su lado está Godoy
Poniéndole la corona.
Sus compañeros
Van de dos en dos;
Murat, Solano,
Junot y Dupont.

—¡Bravo, magnífico! Doña Melchora, tiene usted dos niñas que envidiaría cualquier princesa. Y qué tal, ¿se gana mucho?

—En estos tiempos, padrino—dijo la madre,—suele caer algún bordado de uniforme; pero ¿dónde se ven aquellos ternos de plata y oro, aquella ropa de altar que tanta ganancia nos daba antes de estas malditas guerras? Ya sabe su grandeza que las mejores capas pluviales, las mejores casullas que se han lucido en procesiones, así como las mejores chaquetas toreras que han brillado en plazas y redondeles, pasaron por estas manos. ¡Ay, quién me lo había de decir! La que bordó los calzones que llevaba Pepe-Hillo cuando le cogió aquel enrabiscado toro; la que bordó la capa que llevaba en sus santos hombros el Eminentísimo Cardenal de Lorenzana el día que tomó posesión, está hoy consagrada á miserables letras de cuello de uniforme, y á las dos ó tres insignias de consejero, ó ropón de Niño Jesús, que caen de peras á higos. ¡Buenos están los tiempos!

Melchor de Jovellanos—añadió la otra,— que los españoles guerrear por echar á los franceses y por mejorar la mala condición de los reinos, quitando las muchas cosas malas que hay, al modo de lo que dice D. Roque por las noches cuando predica á solas y á obscuras en su cuarto.

Estas dos opiniones dieron pié á una acalorada disputa que no copio porque nada sacarían de ella en limpio mis lectores, toda vez que es público y notorio que en lo que va de siglo, la historia, la grave y cachazuda historia no ha podido dilucidar la cuestión planteada por aquellas dos niñas, y aun hoy andan á la greña los más eminentes escritores por averiguar si decía verdad la mayor ó la menor de las hijas de doña Melchora.

Salmón, consumido su chocolate, dijo:

—Con que, amiguitos, ¿me dan ustedes su venia para retirarme?

—¿Tan pronto, padre? ¡Que siempre nos ha de tener Vuestra Reverencia con hambre de su compañía!

—Bastante os acompaño, hijitas mías.

—Pues siempre nos sabe á poco.

—Ya sabéis que tenemos en casa desde esta tarde *octava misión y solemnes cultos para desagraviar á Jesús Nazareno y á María Santísima de los sacrílegos insultos que han sufrido en nuestros templos, de los impíos ejércitos franceses, é implorar de la divina misericordia que robustezca y ampare á nuestros soldados y conserve y dirija en todos los negocios á los que nos gobiernan. Después*

habrá procesión á la Virgen de la Paloma, patrona de todo el majerío. ¿Pero no lo sabíais, pajaritas volanderas? Por supuesto, que no faltaréis el día que me toque predicar.

—Antes faltará la tierra y prados en ellas, como dijo el otro.

Y estaba en pié para retirarse el padre mercenario, cuando el Sr. de Cuervatón, que poco antes había sido llamado de su casa, donde le esperaba una visita, volvió dando voces; y lleno de cólera, que en los ojos con fulminantes rayos le centelleaba, habló así:

—¡No sé cómo no le ahogo!... ¡Vaya con el lindo currutaco, harto de ajos!... ¡Cuando creí que vendría á pagarme, viene á pedirme más dinero!... ¡Y ahora sale con que su señora mamá es muy rica! Miserable, pringoso, vestido con harapos de príncipe, ¿por qué esa señora no reventó antes que os pariera?

—¿Qué hay, Sr. de Cuervatón? ¿Qué le pasa?

—Que después que me estoy arruinando por favorecer con mi pequeña hacienda á los necesitados, hé aquí que un señor condesito de Rumblar ó de Barrabás con pintas, me debe más de nueve mil reales, y después de no pagarme ni un céntimo de interés (que no son más de peseta por duro al mes), viene á pedirme más dinero. Canalla, catacaldos: ¿qué me importa que sea noble y que le vayan á caer dos mayorazgos?

—¿Don Diego de Rumblar?—dijo Salmón: y luégo, volviéndose á mí, añadió:—no olvides, Gabriel, que tenemos que hablar.

—Pues ó me paga—prosiguió Cuervatón, —ó el mejor día le desnudo en medio del Prado delante de las damas.

En esto salimos al corredor, y ¡oh, espectáculo lamentable! se ofreció á nuestra vista el de D. Diego azuzado en medio del patio por todos los chicos de la vecindad como novillo en plaza. Muchas mujeres habladoras habían salido por los cien agujeros de aquella colmena, y unas con cáscaras de castañas, otras con palabras picantes le mortificaban en lo moral y en lo físico. Especialmente la mujer de Cuervatón, que era una hidra con más rabos y espinas y escamas en su alma, que las mitológicas en su cuerpo, poniéndose de pechos en el barandal, después de escupirle, le decía:

—Tío pingajo de oro, ¿tenemos nuestro dinero para mantener haraganes?... ¿Ahorramos nosotros para daros esa agua de bergamota de que apestáis? Coma usted clavos, y si es noble y espera mayorazgos, póngase á roer sus *jicutorias*, ó coja una espuerta y vaya á vender arena, como hacen mis dos hijos, que aunque no les falta para comer y vestir como niños de príncipe, andan al trabajo de la arena desde que saben llevar la mano á la boca. Cuidado con el señorito D. Pelagatos; y dice que es conde... Conde es él como mi abuelo. Ea, muchachos, rociadle un poco con la esencia de ese fango de azahar argentino que hay en el patio... Coged también esas cáscaras de núez, y la ceniza de aquel braserillo.

22103

Los muchachos que esto oyeron, y que se habían adelantado á poner en ejecución *autoritate propria* lo del rociar, descargaron sobre el infeliz D. Diego, á punto que éste salía, tal lluvia de inmundas substancias, le persiguieron tan encarnizadamente por el portal y luégo por toda la calle del Barquillo, que daba compasión ver al infeliz magnate, corrido, avergonzado y lloroso.

El padre Salmón, que era hombre caritativo, reprendió á los muchachos su grosería, y á la señora de Cuervatón su crueldad. Cuando se dispuso á bajar, todos se lo disputaban no queriendo dejarle de la mano: éste le enseñaba los cinco perritos recién paridos por Zoraidilla; aquél le hacía tocar con el dedo el diente de la niña; uno le pedía receta para el dolor de muelas; otro le cantaba una seguidilla nueva, y todos le daban tales muestras de cariño y admiración, que bien se le podía considerar como el hombre más popular de su tiempo.

Cuando bajaba, allí eran de oír las exclamaciones, las palmadas, los vítores, y de ver los besos de correa, y el pedir y dar bendiciones.

—¿Cuándo me receta para estos desmayillos?

—Ya sé de cabo á rabo la oración á San Antonio ¿Cuándo se la echo á Su Pateridad?

—Razón tenía el padrito en decir que el aguardiente de Chinchón da mejor gusto á los puches que el de Ocaña, y que no hay

plato de lentejas sin dos ajitos machacados. Así lo hemos hecho.

—Padre, ¿las ranas son carne ó son pescado? Porque mi abuela las comió el viernes y está llena de escrúpulos.

—¿Qué nombre le pondremos á lo que ha de venir si sale macho? Pondrémosle Anasasio como Su Reverendísima, en señal de agradecimiento por habernos ayudado á criar al mayorcito.

—Ya están compradas las dos velas para la Virgen de la Buena Dicha, y aquí Ramona las está adornando con flores y lentejuelas.

—Viva cientos de miles de años su magnitud sapientísima y empingorotadísima para alivio de estos pobres á quienes socorre.

Y así continuaban hasta que el padre salía á la calle. No: no ha existido hombre más popular que el padre Salmón. Casi, casi estoy por asegurar que su popularidad excedió dos dedos y aún tres á la de Fernando VII. ¡Desventurado Salmón! ¡Oh, tú, varón felicísimo, harto de lisonjas, de regalos y de bienestar; oh, tú, teólogo de tumba y hachero, predicador burdo y de cuatro suelas, fraile mercenario que si no redimiste ningún cautivo, tampoco hiciste daño á nadie; oh, tú, hombre dichoso sobre todos los dichosos de la tierra, pues no cabilaste jamás ni te apasionaste, ni aborreciste, ni padeciste mal alguno en muchos años, ni viste turbar tu apacible existencia: ¡quién te había de decir entonces que aquel mismo pueblo tan solícito en victorear-

te, en regalarte, en aplaudirte, en venerarte y adorarte como á persona divina, te había de coser á puñaladas veintiseis años después en la enfermería de tu santa casa, y cuando ya viejo, enfermo, inválido y sin alientos, no pensabas más que en Dios! ¡Quién te había de decir que aquel mismo pueblo de quien fuiste ídolo, te había de echar al cuello un cordel de cáñamo para arrastrarte por los profanados claustros, sirviendo tu antes regalado cuerpo de horrible trofeo á indecentes mujerzuelas! ¡Ay, lo que es el mundo y qué cosas tan atroces ofrece la historia! Y así es bien que digas: si buen chocolate sorbí, buenos palos me dieron; si buenos abrazos, y agasajos, y besos de correa recibí, con buen pié de puñaladas se lo cobraron.

V

Pero como nada de esto viene ahora al caso, voy á dar cuenta del asombro que me causó la conversación que inmediatamente después de su salida tuve con aquel popularísimo fraile; y lo ocurrido fué que, apoyándose en mi brazo para descargar sobre él parte del peso de su bien aprovechada humanidad, me dijo:

—Gabriel, ó mejor, Sr. D. Gabriel, pues á todo un Pico de la Mirandola se le debe tratar con miramiento: has de saber que necesito que me informes detenidamente de la vida de ese D. Diego de Rumblar, en cuya com-